

DOÑA LUZ ¹

(Selección de Textos)

Juan VALERA

(...)

Quien esto escribe no tiene manías o predilecciones aristocráticas. Al contrario, siempre se ha obstinado en creer que no vale menos la gente de los lugares que la más encopetada de la corte. *Mutatis mutandis*, todo le parece lo mismo: la mujer del alcalde es igual a una emperatriz o reina, la del escribano equivale a la duquesa más en moda de Madrid y el majo Fulanito se le antoja más brioso y gallardo, buen jinete, seductor, afable y ameno que el más perfecto *dandy* de cuantos ha conocido.

Pero, mirándolo bien, esto no es espíritu democrático discreto, sino negro y desconsolador pesimismo. La democracia optimista y sana consiste, sin duda, en creer que la mejor educación desde la primera infancia, el buen ejemplo y nombre

1. La parcialidad bajo la cual muy frecuentemente solemos conservar la memoria de nuestros clásicos no nos ayuda a recuperarlos cuando más necesarios nos son. El olvido en que hoy está sepultada la figura de Juan Valera no escapa a esa ley general que reduce y allana a todo clásico de gran brío, confinándolo en algún principio fácilmente reconocible, relegándolo de ese modo a un *locus* que ya no conserva vigencia. Valera no es, como se ha venido repitiendo machaconamente, el novelista que supo captar el color y folklore festivos de su tierra natal, otorgándole así un lugar en la pléyade regionalista de la novela del siglo XIX. Se pierde así el gran humanista, el gran escritor defensor del arte por el arte como fórmula iluminadora de la vida, al hombre de buen juicio en los vastos campos del saber, la política y la diplomacia. El activo cosmopolita que supo sumergirse con su aguda observación en cuantas experiencias le brindaba la vida. En fin, el filósofo de no escasa estatura, capaz de acabar sus personajes en niveles de reflexión, dignidad y auto-exigencia nada frecuentes en el contexto de su tiempo, salvo Galdós. Las páginas extractadas de *Doña Luz* son una nuestra de ello —podían haberse tomado de *Pepita Jiménez* o de *Las Ilusiones del Doctor Faustino*— una invitación a la relectura de este egabrense y colegial del Sacromonte de Granada para convertirlo realmente en nuestro contemporáneo. *A.L.P.*

Juan Valera Alcalá-Galiano (1824-1905), nació en Cabra (Córdoba). Estudió Derecho y Filosofía en el Seminario de Málaga, en el Colegio del Sacromonte de Granada y en Madrid, donde se licenció. De temprana vocación poética, frecuenta los salones literarios de la condesa de Montijo y de los duques de Rivas y Frías. Diplomático, su primera estancia en Lisboa se corresponde con el inicio de su carrera como novelista y, en seguida, como articulista literario y político de marcadas convicciones liberales. Miembro de la Real Academia de la Lengua en 1861, se convierte en uno de los más destacados liberales *sesentayochistas* (sucesores honrosísimos de la gran generación liberal española de los *doceañistas*). Alterna con la diplomacia una irregular carrera política —diputado, senador, director general de Instrucción Pública— y docente —profesor en la Institución Libre de Enseñanza—. La última parte de su vida está dedicada a la producción literaria. Miembro de la Real de Ciencias Morales y Políticas en 1904, muere en 1905. (Los datos de esta noticia biográfica han sido obtenidos de la página dedicada a Juan Valera en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/bib_autor/Valera/. Para la selección de textos de *Doña Luz*, publicada originalmente en 1878, hemos seguido la edición de Biblioteca Nueva, Madrid, 1973).

de padres y abuelos, la obligación de no deshonrar ni deslustrar este buen nombre y el vivir en medio más urbano y culto, deben ser espuela e incentivo eficaz para ser virtuosos, o discretos, o seductores, o dignos, o todo a la vez. En igualdad de índole y de luces intelectuales debe, por consiguiente, valer mucho más quien posee los dichos exteriores requisitos que aquel que no los posee; en igualdad de condiciones internas, la hija de un marqués, por ejemplo, aun cuando sea bastarda, debe conducirse mejor que la hija de un pelafustán. De entender lo contrario por espíritu democrático, se seguiría que lo que debemos desear es la igualdad bajando y no subiendo: la nivelación en la ignorancia, la abyección y la miseria, y no la nivelación y elevación posibles, en todos aquellos medios, en toda aquella acumulación de recursos hecha por las pasadas generaciones, a fin de que con su auxilio sigamos ascendiendo hacia el bien, hacia la luz y hacia la belleza.

Yo comprendo como veneranda y punto menos que santa, aunque vaya por caminos extraviados, la intención del demagogo, demócrata y hasta socialista, que pugne por dar a todos los hombres educación liberal, recursos y cuantos elementos gozan los llamados aristócratas, si es que estos elementos valen no sólo para gozar, sino para ser mejores; pero si sólo valen para gozar y ser más débiles, corrompidos y ruines, no me explico la democracia progresista, sino la democracia de Rousseau, que procura retroceder a la humanidad al estado salvaje. De cualquier modo que sea, conste que yo no defiendo aquí esta o aquella opinión. No es lo que escribo un tratado de filosofía política. No intento tampoco presentar a doña Luz como dechado de excelencias, sino presentarla tal como ella fue.

Doña Luz sentía profundamente la dignidad humana; pero suponía que lo claro y distinto de este sentimiento que había en ella más que en otras personas no dependía sólo de un don natural y gratuito, sino de una educación superior a la de la generalidad, y mucho más esmerada. Esto, más bien que orgullo, parece modestia. Ella creía tener un ideal de sí propia que había ido realizando y como trayendo de fuera, merced sin duda a su misma energía, pero auxiliada de circunstancias dichas e iniciales que debía a la Providencia, y en que no todos, sino pocos, se hallan. Se juzgaba, pues, como favorecida por Dios, y por lo mismo, con más obligaciones que cumplir. Por cada favor divino, una obligación sagrada. Tenía talento, estaba obligada a cultivarle; era bella y fuerte, necesitaba conservar su fuerza y su hermosura; había recibido un nombre ilustre, y ya que no acertase a ilustrarle más, no debía mancharle.

Aunque ella se considerara igual por naturaleza a los demás seres humanos, los juzgaba a todos marchando en busca de mayor bien y de superior altura, más luminosa y serena. Si ella, aun cuando fuese por un capricho de la suerte, iba delante y se hallaba más cerca de la cumbre, su filantropía no podía extenderse a más que a dar la mano a los que estuviesen en condiciones de trepar hasta donde ella estaba, y no a aquellos que estaban tan bajos o tan hundidos en el lodo que, en vez de alzarlos, se dejaría ella arrastrar cayendo en el lodo también.

Ya hemos indicado que el orgullo de doña Luz se velaba y envolvía en el más discreto disimulo; y esto no sólo por prudencia y por interés propio, sino por vivo sentimiento de caridad. Nada le dolía tanto como humillar al prójimo. Si tal vez se

complacía en lucir alguna habilidad, alguna buena prenda de su espíritu, algún primor o elegancia de su persona, era con los capaces de sentir el estímulo de imitarla o de alzarse hasta ella, no por el prurito de excitar estéril admiración o envidia dolorosa.

(Págs. 35-38).

(...)

Reinaba allí la más amplia libertad de pensamiento, y el médico, que era el constante impugnador del padre Enrique, decía cuanto se le antojaba; pero como todo corazón generoso lleva ingénitamente en su centro la buena crianza, aunque no se la hayan dado, don Anselmo, ni aun en la fuga del más ardiente disputar, ni en la mayor violencia de sus ataques se olvidaba de velar y de mitigar su rudeza con la dulzura de la forma.

A través de esta forma dulce se mostraba, no obstante, la negación radical de toda verdad que no venga a nosotros por la existencia sensible. Con fe se puede creer en lo sobrenatural; con imaginación se puede crear un mundo trascendente de ideas metafísicas y religiosas. La razón, en tanto, sólo puede saber lo que ella, en virtud de sus propias leyes, induce del estudio y observación de los fenómenos que llegan a su conocimiento por los sentidos. Esto sólo es la ciencia; lo demás será poesía o como quiera llamarse. Y el principio de la ciencia para don Anselmo era que hay una sustancia infinita, la cual, en virtud de la inexplicable agitación y del prurito, que constituye su esencia, produce variedad de seres cuya perfección relativa, dentro del período en que vivimos, y hasta donde la memoria puede penetrar en lo pasado, y la prudente previsión en lo porvenir, va siendo cada vez mayor, merced a cierto proceso ascendente y a cierto desarrollo que nos parece que no termina. Cómo ello empezó y cómo habrá de acabar, sostenía don Anselmo que se ignora y que se ignorará siempre. Era vano, en su sentir, obstinarse en ver más allá: si antes del principio de esta evolución hubo otra; si después volverán las cosas al reposo y a la muerte, y si luego se despertarán nuevo prurito y voluntad de los átomos, que los lleven a agruparse y a crear otro universo y vidas nuevas, y progreso, y conciencia, y lo que llaman espíritu, y, por último, muerte otra vez. Sobre todo esto sólo podían forjarse teorías y ensueños, lanzándose en especulaciones aventuradas más allá de los términos y linderos hasta donde la razón nos sigue.

Y lo que don Anselmo afirmaba de la vida total del mundo lo afirmaba también de la vida de cada individuo. Durante dicha vida podía observarse el desenvolvimiento gradual, hasta que la vida acababa. Pero antes del nacer y después del morir, don Anselmo sostenía que no atinaba a ver nada: eran dos profundidades tenebrosas, dos insondables abismos, en medio de los cuales se manifestaba la vida. Y las profundidades y los abismos se hallaban como cubiertos de la sustancia, de la materia, de esto que afecta nuestros sentidos, que no podemos concebir sin accidentes y sin formas, que podemos concebir mudando formas y accidentes, pero que en lo esencial no puede ser aniquilado por la mente humana. La única metafí-

sica ineludible de aquel enemigo de la metafísica era la eternidad de ese ser definido y vago. Él era el único inmutable. Todo lo demás, esto es, sus apariencias y cambios, pues fuera de él nada hay, era perpetua mudanza y fluctuación sin sosiego. Claro está que de tal ciencia no podía nacer moral alguna, ni deber, ni responsabilidad, ni libertad de nuestros actos; pero don Anselmo, que era excelente sujeto, apenas se atrevía a confesar semejante diablura ni a sí propio, ni mucho menos a los demás; y armaba un caramillo de sutilezas para probar que éramos libres y que debíamos de ser buenos, y que había algo de determinado en que la bondad consistía. De aquí que si sobre las cuestiones primeras reñía con el padre Enrique bravas batallas, en estos puntos prácticos quedaba siempre derrotado, y se hacía un lío, con aplauso general de todos, y más aún de su hija doña Manolita, quien terminó una vez exclamando:

— Vamos, papá, perdona mi desvergüenza filial, pero tú no sabes lo que te pescas.

(Págs. 79-83).

(...)

En no pocas ocasiones el padre Enrique había lucido, en sentir de sus oyentes, una elocuencia conmovedora, pero jamás produjo tan honda impresión en los ánimos como la noche del Domingo de Resurrección.

Incitado don Anselmo, después de otros menos importantes ataques, llegó a decir lo que sigue:

— Todo es hablar de caridad y devoción; pero bien mirado, no se ve en vosotros sino egoísmo. No es la piedad, no es el amor a vuestros semejantes quien os mueve, sino el anhelo de la salvación propia y el miedo del infierno.

— Alambicando de esta suerte —contestó el padre Enrique—, no hay amor, por desinteresado que sea, cuya raíz no esté en el amor propio. Las palabras mismas lo declaran. ¿Qué es la compasión? No es más que cierta cualidad, en cuya virtud padece el alma cuando ve padecer a otra como si ella misma padeciera. Todo sacrificio, por consiguiente, que haga el alma compasiva, ya del reposo, ya de la vida corporal, ya de la hacienda, será considerado como egoísmo. El alma compasiva le hace para librarse de un padecimiento: para que el ajeno dolor no le duela como propio; para hallar para sí la paz y el bien que apetece. Todo acto de filantropía proviene de compasión; luego proviene del amor propio, luego nace del egoísmo. Lo más que los filántropos podréis decir en vuestro abono es que vuestro egoísmo es un egoísmo bien entendido, un egoísmo provechoso para todos.

Ya lo ven ustedes, señores —replicó don Anselmo—; el padre, como no puede ni debe defenderse, ataca; pero sus razones no tienen fuerza contra mí. Yo no vacilo en concederle que la virtud humana de la filantropía proviene de la compasión, y es, por tanto, egoísmo; pero ¿la virtud divina de la caridad es menos egoísmo en su raíz y fundamento? A fin de no padecer viendo padecer a otro, hago yo, por ejemplo, un acto de filantropía; le hago para ponerme bien conmigo: soy, pues,

egoísta; pero el que hace una obra de caridad por amor de Dios para ponerse bien con Dios, de quien toda su dicha depende, ¿se muestra acaso menos interesado? Todavía se me antoja que vale más el filántropo que el caritativo, porque al cabo es más noble y más bella la condición natural del alma descreída que siente como propias las penas extrañas y con el propósito de libertarse de estas penas obra el bien, que la condición algo sobrenatural del alma creyente que obra el bien por temor de castigo o con esperanza de galardón y de apremio, y no ya por amor del ser miserable a quien socorre y ampara, sino por amor del ser poderoso de quien todo lo espera.

-Censurar que el alma busque siempre su bien —dijo entonces el padre— sería absurdo, como censurar que busquen los graves su centro. Ley es ésta indefectible, donde no hay libertad, donde no cabe ni mérito ni demérito. La voluntad va derecha a la beatitud, donde sólo puede quietarse, como la piedra, desprendida de lo alto de la torre, cae sin detenerse hasta dar en el suelo; como la bala, disparada por certero tirador, vuela a clavarse en el blanco. Lo importante, lo libre, lo meritorio, está en poner bien la mira, en buscar el supremo bien donde en realidad reside. Una vez señalado el bien, verdadero o engañoso, ¿quién no va a él por acto tan voluntario como necesario, ya que amar y apetecer el bien es la esencia misma de toda voluntad? El amor de sí propio es de necesidad; necesidad de quien ni el mismo Dios se sustrae.

— No niego yo que sea así. Convengo en todo, padre. Pero ¿dónde está entonces la libertad, la responsabilidad de nuestros actos? No habrá pecados ni crímenes, sino errores. La inteligencia se engañará y presentará a la voluntad lo que es malo como bueno.

— Así sería —dijo el padre— si fuese necesario todo error; pero el error no es necesario siempre. En el error puede haber libertad, y por consiguiente, pecado. A veces las pasiones, que no queremos dominar, ofuscan el entendimiento y le llevan a que yerre; a veces el don sobrenatural de la gracia no acude a nosotros porque nos hacemos indignos de él, y entonces también se turba y se engaña el entendimiento. Pero no creo que disputamos hoy sobre el libre albedrío y la fatalidad, sino sobre si el alma al amar es desinteresada, porque busca su propio bien, aunque este propio bien estribe en el amor mismo.

— Así es —dijo doña Luz.

— Esa es la cuestión de hoy —añadió doña Manolita.

— Figurémonos —prosiguió el padre Enrique— a un enamorado, a un caballero a la antigua, que por complacer a su dama y para darle gloria y contento padece insufribles trabajos, se expone a los mayores peligros y lleva a feliz término las más dificultosas aventuras. Figurémonos que todo esto lo hace por una dama de quien recela con razón que jamás será amado. Y figurémonos, por último, que todo lo hace por servirla y sin esperanza de recompensa. Todavía, según el modo de discurrir de don Anselmo, podremos tildar este amor de interesado, ya que el alma de aquel caballero halla deleite grandísimo en hacer cuanto hace por la dama, aunque la dama sea ingrata, o ya que, si no halla deleite, halla consolación, considerándose mil veces más infeliz si nada hiciese de lo que hace y si no diese de su

amor tan valientes y generosas pruebas. Pero ¿qué mucho si el mismo amor mal pagado suele ser causa de ventura y de gozo íntimo para el amante que prefiere amar, aun sin correspondencia, a que se desprenda y aparte el amor de su alma, dejándola solitaria, seca y vacía? Queda, pues, demostrado así que todo es egoísmo, si bien es fuerza convenir en que hay egoísmos sublimes y merecedores de perpetua alabanza.

— Acepto —replicó don Anselmo— el ejemplo de esa dama y de ese caballero andante de los buenos tiempos antiguos que el padre Enrique nos presenta; pero dudo mucho de que el caballero haga sus proezas con la esperanza de galardón ya perdida. La misma alta opinión en que tiene a la señora de sus pensamientos le persuade de que no ha de ser ingrata. El caballero se aventura, pues, y se afana interesadamente, esperando galardón; pero, supuesto el caso extraño de que no le esperase, ya no podría equipararse con el cristiano caritativo, en quien jamás ha de suponerse que la esperanza fallezca. En el concepto que tiene de su Dios va implícita la idea de su bondad, de su omnipotencia y de su justicia, y en ella fía la seguridad de la paga. Vuelvo, pues, a mi tema. Toda virtud mundana será egoísmo, pero lo es más la caridad, ya que se funda en firme creencia y en esperanza clara y evidente de que será recompensada. A pesar de todo, no desdeñaría yo esta virtud, y juzgaría soberanamente benéficas la esperanza y la fe de que procede, si no dejara nunca de ser, aunque por fines interesados y egoístas, causa de buenas obras; pero la caridad tiene un camino, cuando se extrema, para lograr su objeto, no ya sirviendo, sino olvidando, desdeñando y menospreciando al prójimo y a cuantos seres hay en este universo visible. El alma que se retira dentro de sí, que se hunde en el abismo insondable de su propia esencia, donde se une o cree unirse con su Dios, ¿qué vale a los hombres? ¿Qué amor les consagra? ¿Qué criatura terrenal podrá existir por cuya suerte se interese? El alma que así se endiosa, encastillada en su recogimiento soberano, lo desdeña todo, menos su propio centro, donde vive identificada con el eterno amante y de quien recibe bienaventuranza completa.

(Págs. 89-94).

(...)

— A fin de dar cumplida contestación a los argumentos de don Anselmo, sería menester desenvolver ahora las doctrinas todas de una altísima ciencia. Lo que diga yo, por lo tanto, en breves palabras no puede menos de ser desordenado y de pareceros oscuro. Voy a poner en cifra y resumen lo que requiere, para que se entienda bien, severo método y reposo. Supongamos por un instante que abstraída el alma de todo lo terreno, en suspensión de potencias y sentidos, en silencio maravilloso y quietud envidiable, goza del supremo bien, sin salir de esta vida mortal, y absorta y como hundida en la contemplación de su Creador, no cuida ya del prójimo ni de las otras criaturas. Pero antes de alcanzar tanta dicha, antes de subir a tanta alteza, ¿qué pruebas de bondad no habrá dado el alma? ¿Por qué

áspera senda no habrá tenido que trepar, activa, atenta y persistente? Para ganarse la voluntad de su Creador habrá hecho obras de misericordia, consolando y amparando a los infelices y desvalidos, y con sus oraciones y penitencias, humildad y mansedumbre, habrá sido pasmoso ejemplo y provechoso estímulo a todo ser humano. No se conquista de otra suerte el amor de Dios. No hay otra vía más cómoda y llana para llegar a Él. Claro está, pues, que aun suponiendo que el alma es ya inútil para las otras almas al llegar a ese término, es utilísima mientras no llega. Y no obstante, cuando el alma llega, cuando se recoge en su centro, donde Dios mora, y allí le conoce y con El se une, ¿cómo imaginar que por eso se aniquila o se hace inútil? Tal vez, al anegarse en aquel abismo de luz, no ve sino tinieblas. Tal vez los ojos del alma no pueden resistir tanto resplandor. Tal vez la inteligencia limitada no comprende aquellas perfecciones infinitas e inenarrables. Pero si la inteligencia, en el alma que llega a Dios, no ve ni comprende todo su ser, bástale con percibir algún tributo para no quedar perdida y aniquilada en su ventura. Bástale ver a Dios, para ver en Dios el mundo y las criaturas que le llenan y hermosean, y para verlo todo, por más cabal y comprensiva manera que cuando lo veía con sólo los sentidos como apariencias fugitivas que los hieren. El alma ve entonces las cosas tales como son y no tales como aparecen; las ve, no en su manifestación transitoria, sino en su idea pura y eterna; no ya en lucha constante, desligadas, sin concierto, en guerra de exterminio, sino que las ve atadas por lazo de amor, subiendo su concorde armonía hacia la luz y hacia el bien, y encaminándose, por atracción suave y divina, a la justificación providencial de todo. Y como el alma ama a Dios y todo está en Dios, el alma lo ama todo amándole. Y lo ama todo, no ya interesadamente, como lo amaba antes, sino con desinterés, porque quien tiene a Dios, ¿qué más quiere ni desea? Así el alma ama a las criaturas como Dios las ama, y quiere que todas se vuelvan a Dios y le amen, y que el tesoro del amor divino sea para todas ellas. Y entonces el amor del alma, conforme, identificado con la voluntad de Dios, abarca el universo y cuanta hermosura espiritual y corporal en sí contiene. Y lejos de quedar el alma, al unirse con Dios, inerte y como vacía y sin conciencia, logra conciencia más clara y distinta y arde en amor más vivo que todos los amores mundanales. Y no hay excelencia en lo creado cuyo valer no estime y pondere en lo justo, ni beldad en quien sin concupiscencia no se complazca, porque tiene ya hartura y plenitud de deleites purísimos, ni riquezas que no mire sin codicia, porque está agraciada y como heredada de los más preciosos dones, y ama sin celos al amor que da Dios a las criaturas, porque las comprende en su mente e imagina que todo el amor que vierte Dios en ellas le recibe y le guarda para sí propia. ¿De qué sacrificio, de qué obra estupenda de caridad, de qué proeza de amor, de qué devoción, abnegación y martirio no será capaz el alma unida con Dios, y que se vuelve a las criaturas y las contempla en Dios mismo, como si fuesen algo del ser y de la sustancia del objeto amado? Lejos, pues, de creer que esta unión del alma con Dios la hace inerte e inútil para los demás seres, creo que la habilita y alienta para tomar en el manantial caudaloso del amor del cielo los torrentes de caridad que vierte luego en la tierra. Porque como el Verbo, que es Dios, dio su vida mortal y humana por la salud de los hombres, el alma, si se une

con Dios, adquiere la virtud divina para arrostrar y sufrir por los hombres los tormentos y la muerte, imitando a Cristo, que es el Dios a quien se une.

(Págs. 94-97).

(...)

— Quiero asimilar vuestra filantropía mundana a un hermoso río cuyos canales y acequias riegan y fertilizan los campos: mientras que el alma, que se une a Dios por amor, es como el agua que el sol rarifica y levanta y que sube en vapores al cielo. ¿Será esta agua menos útil que la del río? No, porque luego desciende en bienhechora lluvia, más fecundante que todo riego artificial, y aun de este mismo riego artificial es causa mediata, ya que la lluvia, que viene del cielo, cuaja y forma en la cima de los montes con apretada y cándida nieve las inexhaustas urnas, de donde brotan y se desatan arroyos y ríos en cristalinos raudales. Presuma, en buena hora, el zafio y rudo agricultor, cuando riega su campo, que el agua viene de la vecina montaña y que se deriva por ocultos caminos del seno de la madre tierra. Pero ¿habría agua si el cielo no lo hubiera depositado allí? De esta suerte, la filantropía, la virtud meramente humana, tiene su origen, ignorándolo tal vez los mismos que la practican, en la caridad divina. El amor de Dios sube al cielo: se diría que desprecia este bajo mundo, pero al descender de nuevo a la tierra, como el limpio rocío de la aurora, viene transformado en amor acendradísimo del prójimo. En nuestra verdadera religión no sucede como en algunas falsas, donde el bien supremo implica el aniquilamiento de la conciencia. Si el discurso racional no llega al ápice de la mente, Dios le adorna y reviste de prendas sobrenaturales; en vez de destruirle le da la fe para que viva y entienda. Y a veces brota del centro del alma una luz interior que baña las potencias que hasta el centro no han penetrado, por donde nuestro ser individual, aun en el éxtasis, no se esfuma ni se desvanece ni se desmaya, sino que con más ser vive, siente, piensa, conoce y ama. Si para subir al enlace místico se desnuda el alma de todo lo creado, si llega a entender que sólo existen Dios y ella, esta muerte es como la muerte natural, en la cual se desprende el alma de sus mortales despojos. Y así como el alma ha de revestirse de cuerpo glorioso, así también resucitan todas las potencias que para llegar al éxtasis divino tal vez murieron. No, no se pierde el alma de los místicos cristianos en la esencia suprema, como en el *nirvana* de los budhistas; no, no cae en sueño eterno, sino que logra la plenitud de la vida. El ambiente bañado y penetrado todo de rayos de sol parece luz de oro y sol y no aire, y el hierro, que sale candente de la fragua, no es oscuro y opaco, sino refulgente como el fuego de donde sale; y por igual manera, en cuanto la comparación material es posible, el alma que se unió con Dios parece Dios. Y por último, para el provecho que a los demás hombres puedan traer estos bienes y regalos de los espíritus contemplativos, quiero añadir una consideración de gran peso; a saber: que en ninguna creencia, en ninguna doctrina, se ensalza tanto como en la nuestra la dignidad humana, el ser hombre, prescindiendo de su valer accidental. Los Elíseos, los Paraísos, los Empíreos de otras religiones sólo

abren sus puertas a los magnates, a los príncipes, a los sabios, a los guerreros y a los ilustres, mientras que nuestro cielo es el cielo de los pobres, de los humildes, de los pacíficos y de los mansos. Y no es esto sólo para consolación, por la esperanza en otra vida mejor, del desdén de la fortuna y de los trabajos y miserias que en esta vida tienen que sufrir, sino que ejerce poderoso influjo en lo presente, y da precio infinito a toda alma humana, como rescatada por Cristo, e igualada con más verdad que toda ley democrática a unos hombres con otros, y reviste de majestad sagrada, y hace más que hermanas nuestras a todas las criaturas, a las más cuitadas, a las más viles, a las más abyectas y a las más pecadoras.

(Págs. 98-100).

(...)

— Aspiro al poder. El poder es el complemento del dinero. Quiero ser hombre político, personaje influyente, dueño de este distrito electoral, derrotando al cacique de la cabeza del distrito, que hoy lo puede aquí todo.

— ¿Quién le mete a usted en estos ruidos, señor don Acisclo? —dijo entonces doña Luz.

— Mis convicciones políticas —respondió don Acisclo con suma gravedad.

— ¿Sus convicciones políticas? Me pasma lo que le oigo decir. Pues ¿de dónde provienen esas convicciones? Yo creía que usted no había pensado en política en todos los días de su vida.

— Entendámonos —replicó don Acisclo—: en la política que sirve de pretexto o apariencia es cierto que jamás he pensado, pero en la política-verdad pienso siempre.

— ¿Y qué es la política-verdad?

— La política-verdad es que todos los que formamos la nación española damos al Gobierno cada año, por diferentes maneras, más de la mitad de lo que la tierra, nuestro trabajo y nuestro caletre producen. El Gobierno luego, ya en forma de pagas, ya en forma de subvenciones, y en otras formas, reparte todo esto entre sus amigos. De esta suerte, lo que absorbe el Gobierno como contribución se derrama de nuevo como benéfica lluvia. ¿No es necesidad que yo pague y no cobre? ¿No es bobada que yo contribuya y no distribuya? ¿No sería más discreto que yo imitase a don Paco, el grande elector de este distrito, que paga diez y saca ochenta? Pues qué, ¿no tengo yo sobrinos, hijos y ahijados a quienes dar turrón? ¿Una gran cruz, no me vendría que ni de molde? ¿El tratamiento de excelencia se me despegaría? En vez de pagar mucho, como pago ahora, y de no recibir nada, como no recibo, ¿no me sentaría divinamente pagar menos y recibir con usura lo pagado y más de lo pagado? Pues esto es la política, y por esto quiero meterme en la política. ¿Qué digo *quiero meterme*? Metido estoy ya en ella hasta los codos.

(Págs. 114-115).

(...)

El diputado, en virtud de continuos desvelos y de un arte maravilloso, se gana la *naturaleza* en un distrito repartiendo a manos llenas los empleos, y cerca del Gobierno, a más de su talento y de su importancia personal, se apoya para sacar los empleos en esa misma devoción que asegura y prueba que los electores le tienen y en cuya virtud es diputado natural y goza de distrito suyo y resuyo.

Aunque el diputado natural esté en la oposición, conserva el distrito por dos razones. Es la primera porque, si bien los electores le ven caído, guardan la esperanza de que pronto volverá a encumbrarse, mandarán él y los de su partido y lloverán entonces los favores. Es la segunda razón porque el diputado natural, aun cuando no esté en el Poder, logra que muchos de sus ahijados se sostengan en sus empleos, y hasta suele darlos flamantes, ya porque los fueros de diputado natural le habilitan para todo, ya porque le sobran amigos en los Ministerios, y ya porque los mismos ministros, sus contrarios, le atienden y consideran, esperando la reciprocidad para cuando estén ellos caídos.

El diputado contra quien iba a sublevarse don Acisclo estaba caído en aquel momento; pero nadie dudaba de que pronto se volvería a encaramar en el Poder. Habíanle dejado cesantes a no pocos de sus ahijados, pero aún quedaban muchos en plena posesión de sus empleos y sueldos. La fama que el diputado tenía de servicial, complaciente y poderoso para *sacar turriones* era tan firme, que hasta su mismo temporal decaimiento aumentaba su clientela en ver de mermarla. Los más astutos y previsores conocían cuán propicia ocasión de ponerse bien con él era servirle mientras estaba lejos del mando, lo cual da ciertos visos de desinterés a los servicios y es lo que llaman por allá, con frase hecha, elegante y propia de la poesía bucólica, *llevar pajitas al nido*. El que no lleva pajitas al nido rara vez moja la barba en cáliz, he oído decir con frecuencia al personaje más sentencioso de aquellos lugares.

(Págs. 120-121).

(...)

Cada vez que un diputado o el grande elector en su nombre da un empleo, el agradecimiento no es seguro en quien lo recibe, pues éste puede creer que hartó ganado le tiene. En cambio, los envidiosos, quejosos y descontentos, parece como que brotan del seno de la tierra, lo cual es difícil de evitar, porque por muchos empleos que saque el diputado, no ha de sacar uno para cada elector. Entre los empleados y agraciados suele haber también quejas y envidias. Fulanito se llevó un *turrón* más dulce y suculento que el mío, dice Menganito, y Perenganito exclama que el destino de Menganito es de mucho *manejo* y el suyo no lo es, de donde nace también un pequeño encono. El uno, que no es más que estanquero, entiende que debería ser *vista*, y el otro, que está de oficial ambulante de Correos, siempre metido en un vagón, suspira por el alfolí de la sal que se dio a un tercero, que disponía en la elección de menos votos que él, y el que tiene como *fiel* el alfolí se

juzga desairado porque no le nombraron guardaalmacén, que esto y mucho más se merecía. El puesto de alcalde suele ser muy disputado, y casi siempre se pican dos o tres porque no lo son. En suma, aunque el diputado y su *alter ego* don Paco eran casi tan avisados y prudentes como Ulises, a quien la propia Minerva, descendiendo *ad hoc* del Olimpo, inspiraba la más severa justicia distributiva para repartir pedazos de buey asado en los banquetes a los héroes de la *Iliada*, o ya porque repartir *turrón* es más arduo que repartir *roastbeef*, o ya porque los electores de España son más descontentadizos que los semidioses y guerreros aqueos, ello es que el disgusto cundía y que había mar de fondo hasta en la misma capital del distrito.

(Págs. 122-123).

(...)

“Apreciable amigo y dueño: Hasta ahora me he resistido a todas las súplicas de usted, por más que le quiero bien, sin poder remediarlo. Y me he resistido, porque mi modo de ver las cosas es contrario al de usted en mucho. Ambos somos más liberales que Riego; ambos somos más despreocupados que el autor del Citador, libro que usted habrá leído; ambos somos progresistones de lo más fino y neto, y a ambos nos hechiza la igualdad, con tal de que no sea más que ante la ley, y salvas las desigualdades, merecidas o arrebatadas por naturaleza, por gracia, por habilidad, o por acaso de ser unos tontos y otros listos, unos ricos y otros pobres. Pero por encima de esta consonancia perfecta en que estamos usted y yo, hay entre nosotros radicales diferencias, las cuales consisten en que nos hemos forjado muy distinto ideal. Entiéndase por ideal, palabrilla que está muy a la moda, el término de las aspiraciones de cada uno. Su ideal de usted es que haya un Gobierno que distribuya cuanto hay que distribuir, que todo lo arregle, que en todo se entrometa, que nos enseñe lo que hemos de adorar, que nos haga caminos, que nos lleve las cartas, que cuide de nuestra salud temporal y eterna, y hasta que nos mate la langosta y la filoxera, nos conjure las tempestades, pedriscos, epidemias, epizootias y sequías, y nos ordene y suministre lluvias a tiempo y cosechas abundantes. A un Gobierno a quien tales y tan múltiples encargos se le confían es menester habilitarle muchísimo dinero, que él reparte después entre los que han de hacernos felices, dándonos salvación, ciencia, riqueza, sanidad, larga vida, agua, medios de locomoción y cuanto constituye nuestro bienestar y conveniencia. Pero usted dice, y dice muy bien, desde su punto de vista, ¿por qué no he de ser yo, que no soy más bobo que otro cualquiera, quien, si no en todo, en parte, se encargue de hacer esos prodigios benéficos y providenciales, y quien reciba y reparta a su gusto los ochavos que para hacerlos hay que largar? De aquí que usted anhele, como quien no dice nada, producir un diputado, y sobre todo un diputado que influya, que valga y que *saque turrónes*. Yo, en cambio, lo confieso, tengo un ideal que al paso que vamos no se realizará, si se realiza, hasta dentro de diez o doce siglos; pero, amigo, es menester ir encaminándose hacia él, aunque sea a paso de tortuga. Mi ideal es el

menos Gobierno posible; casi la negación del Gobierno; una anarquía mansa y compatible con el orden; un orden nacido armónicamente del seno de la sociedad y no de los mandones. No quiero que nadie me enseñe; yo aprenderé lo que mejor me parezca y me buscaré maestros; ni que nadie me cuide, que yo me cuidaré; ni que nadie me abra caminos, que yo me asociaré para abrirlos con quien se me antoje. Sé que esto hoy no es posible, pues dicen que no hay iniciativa individual y que es necesario que el Gobierno tome en todo la iniciativa, como si el Gobierno no estuviese compuesto de individuos. En suma, yo no tengo que presentar aquí todas las razones que contra mi *ideal* se alegan. De sobra las saben usted y todo el mundo. Lo que deseo que conste es que, a pesar de todas estas razones, yo estoy enamorado de mi irrealizable sistema, y considero apostasía trabajar en este otro archigubernamental que hoy priva, sin duda por aquel dicho profundo de un sabio: “La humanidad, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.” Mientras sigue la humanidad nonata, si hemos de mirar las cosas por el haz y sin penetrar en el fondo, usted tiene razón que le sobra. Ya que se trata de contribuir, y de distribuir, y ya que la contribución es forzosa, bueno es apoderarse de ella para hacer la distribución luego, máxime si se considera que, según canta el refrán, quien parte y reparte se lleva la mejor parte.

Pero cuando se hunde bien la mirada en el centro de este negocio, concretándonos a un distrito electoral, créame usted, señor don Acisclo, hasta para lo práctico, y de hoy, sin pensar en mañana, vale más mi sistema que el de usted. ¿Qué se logra con dar empleos a trochimoche? El distrito no se enriquece por eso. Los naturales de él que salen empleados se gastan fuera lo que cobran. Raro es el que vuelve al distrito a gastarse en él lo que ahorra o garbea. A menudo los tales ahorros no lucen ni parecen. Se disipan y evaporan como no pocas otras riquezas mal y fácilmente adquiridas. Los dineros del sacristán cantando se vienen y cantando se van. El empleado así por favor electoral, adquiere hábitos de lujo, desdeña la manera rústica y sencilla con que antes vivió, y se acostumbra a que el reloj gane por él el dinero, pasando y pasando horas y días. El mal ejemplo inficiona a todos. El hijo del menestral, el criado de servicio, todo el que sabe leer y escribir, repugna el trabajo manual y dice para sí: ¿Por qué no he de estar yo también empleado? ¿Por qué el diputado no me proporcionará una bonita colocación? El que no tiene la menor esperanza de que el diputado le coloque, se llena de envidia y de ira, y se hace flojo y perezoso para no ser menos que el empleado, de cuya holganza y vida regalona se forja un concepto exagerado y fantástico. Imagina, sin que nadie se lo quite de la cabeza, por no conocer sin duda lo de tiempo que se gasta, lo de papel que se embadurna y lo de afanes que se producen con nuestro complicado expedienteo, que las horas de oficina transcurren en amenas pláticas, fumando los oficinistas exquisitos puros y regalándose con frecuentes pisolabis. Y entiende además que a cada instante se ofrecen *negocitos* de mi flor a todo oficinista no lerdo, el cual a menudo tiene algo de que incautarse y al cual no falta de vez en cuando quien le unte bien la mano. Con tales imaginaciones, ¿cómo irá nadie con gusto a cavar en el tajo y cómo no ha de querer convertir el tajo en un remedo de la soñada, deliciosa y sibarítica oficina? Resulta de todo ello que, como el diputado

da empleos a los más activos, ágiles y despejados, quienes naturalmente emigran del distrito, sólo quedan en él los más tontos, torpes y parapoco, y éstos, agravados, lastimados en su amor propio, desanimados y con poquísimas ganas de trabajar. No hay, por tanto, ni industria, ni arte, ni adelantamiento, ni mejora posible. Gracias a la milagrosa y pródiga protección del diputado, el distrito se empobrece, en vez de enriquecerse, y se transforma en una nidada de holgazanes y de ineptos. Vea usted por lo que yo, de puro amor al distrito, no quiero darle diputado hábil como el que tenemos ahora; no quiero darle diputado que tanto turrón busque y reparta.

“Por dicha, el nombre de su candidato de usted me ha hecho pensar en que, favoreciéndole y dando a usted gusto, hago el bien del distrito, según lo entiendo yo: le quito de encima la secadora protección del diputado actual, que parece un fabricante de turrónes, y le propino y administro uno que dirá a ustedes, en cuanto le elijan, si os vi no me acuerdo, y no les dará turrón, con lo cual quizá renazca la actividad agrícola, se creen industrias sanas y desaparezca la corrupción que hoy nos pudre.

(Págs. 125-130).

(...)

Las elecciones debían ser en el otoño, y durante el verano vivió don Acisclo en una fiebre de actividad. Recorrió a caballo todos los pueblos del distrito, que eran siete, ganando votos para su protegido y quitando parciales a don Paco. Hasta a la capital del distrito fue varias veces, y no sin éxito, con el referido objeto.

A no pocos electores de influjo, a quienes don Paco tenía *amarrados*, los desamarró don Acisclo, exponiendo gallardamente sus capitales. Por estar *amarrados* se entiende en lenguaje electoral de por allí deber dinero al grande elector. Don Acisclo estuvo rumboso. Lo menos repartió ocho mil duros al diez por ciento, sin más garantías que pagarés sencillos, libertando así a gentes amarradas a don Paco, con escritura pública y dinero prestado al quince.

(Pág. 133).